

EN LEVANTAMIENTO GUERRILLERO EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

por Santiago SAIZ BAYO
Teniente Coronel de Ingenieros, DEM
Licenciado en Geografía e Historia

LA FORMACION DE LAS GUERRILLAS (*)

LA historia de las «guerrillas» y los «guerrilleros» se remonta hasta la antigüedad; su técnica es asimismo milenaria. Sirvan como ejemplos los «pequeños combates» con los que el cónsul Fabio Cunctator vigila, hostiga, debilita y ataca al victorioso Aníbal del lago Trasimeno, sin exponerse por un solo momento a una batalla decisiva. Recordemos, ya en nuestro suelo, a Indivil y Mandonio, caudillos de los ilergetes tarraconenses, que bien pueden figurar entre los primeros mártires de la independencia patria; y las hazañas de Viriato frente a lo que hoy llamaríamos «ejército invasor», «de ocupación». Pero esta antigüedad no debe llevarnos a caer en el error, frecuentemente extendido, de que la guerra de guerrillas es primitiva.

Samuel C. Griffith, brigadier general del Cuerpo de Infantería de Marina (EE.UU.) indica: *«Se dice a menudo que la guerra de guerrillas es primitiva. Esta generalización es peligrosamente desorientadora y verdadera solamente en un sentido tecnológico. Si uno considera el cuadro total, salta a la vista la paradoja y se comprende que esa forma primitiva es, en realidad, más sofisticada que la guerra nuclear o atómica o que las guerras que fueron lidiadas por ejércitos, marinas y fuerzas aéreas convencionales.»*

(*) Nota de la Redacción: Este artículo puede considerarse continuación del publicado por el mismo autor en la *Revista de Historia Militar*, núm. 63 (año 1987).

El mismo autor añade más adelante: *...Sin embargo, el primer ejemplo de operaciones de guerrilla en gran escala ocurrió en España entre 1808 y 1813. Los españoles que huyeron a las montañas ante el ejército invasor de Napoleón eran patriotas leales al gobierno, cuya corona les había sido quitada por el Emperador de los franceses. No eran revolucionarios. La mayoría no deseaba cambio alguno en su forma de gobierno. Su único objetivo era ayudar a Wellington a arrojar a los ejércitos franceses de España»* (1).

Posteriormente ha habido otros muchos guerrilleros y otras tantas guerrillas que han tenido, al igual que las anteriores, como misiones fundamentales y constantes las de producir situaciones críticas al enemigo, hacer inseguras las comunicaciones de éste, mantener la retaguardia en constante estado de zozobra, etc. Guerrilleros con resistencia tenaz a la fatiga, al hambre, a las penalidades, que han contado con el apoyo incondicional de la población, que han recurrido de continuo a tretas y estrategias siempre ingeniosas, que han actuado por sorpresa sin detenerse en escrúpulos...

Pero, como dice Aznar, *«todo esto lo enseñaron maravillosamente unos españoles que, guiados por el instinto, fueron la pesadilla para el más grande de los capitanes de la Edad Moderna»* (2).

Centrándonos en estos hombres y en el entorno político-social y económico que hizo posible que salieran del anonimato para conquistar las más altas y merecidas cotas de popularidad y que posteriormente algunos fueran elevados a importantes puestos políticos y militares para los que, en ocasiones, no estaban preparados, debemos intentar poner sus figuras en el justo lugar que les corresponde; y pocos tan capacitados para esta misión como Gómez de Arceche.

Anotemos su pensamiento: *«...herido (el pueblo español) en sus sentimientos de honor y de orgullo nacional, tan hondamente arraigados, e inspirándose en los de patriótico anhelo y en el deseo de*

(1) *Guerra de Guerrillas*, Mao Tse-Tung. Introducción del brigadier general citado, pp. 27, 30 y 31. Traducción del teniente coronel Manuel Torino. Ed. Huemul, S. A. (Buenos Aires), 1965.

(2) *Guerrillas y Guerrilleros*. Conferencia pronunciada en la Escuela Superior del Ejército por el Excmo. Sr. D. Manuel Aznar Zubigaray (Embajador de España), Madrid, 16 de abril de 1970.

venganza, que siempre le ha distinguido, apeló a aquel personalismo histórico que había hecho la gloria de sus predecesores. He aquí el origen y la causa de las guerrillas en la gran epopeya de la Independencia española.

Unos se prendaron de las ideas proclamadas en Cádiz ... Otros creyeron que el ideal de los españoles al verter su sangre y sacrificar los intereses de todo género era el que habían proclamado al sublevarse contra la tiranía de Napoleón...» (3).

Estos hombres heroicos sirvieron, pues, en todas las causas ideológicas de la época. Pero a todos les unía una sacrosanta misión común: España. Sin embargo nos asaltan de inmediato multitud de preguntas: ¿Por qué se produjo el levantamiento? ¿Cuándo se produjo? ¿Qué hombres lo impulsaron, encauzaron y dirigieron? ¿Consecuencias del mismo? En este artículo se tratará de contestar razonada y brevemente a todas ellas.

Respecto a la primera de las preguntas, además de lo ya mencionado anteriormente, conviene puntualizar que en la mayor parte de España la rebeldía no fue, no pudo ser ordenada desde arriba, y ello por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque ese «desde arriba único» no existía (en gran parte y en la práctica estaba en las manos de Murat) En segunda instancia, por cuanto en las zonas dominadas por los imperiales, las autoridades eran o francesas o afrancesadas, además de las puestas y vigiladas por aquéllas. En estas zonas ocupadas por el «Ejército aliado francés», sometidas desde el principio a sus dictámenes, el pueblo mantuvo en mayor o menor grado una actitud de rebeldía, pequeña y pasiva al principio, grande y activa después. El aglutinante de todas estas motivaciones fue la táctica y conducta de los ejércitos napoleónicos.

La entrada de Napoleón en España con la flor de su Ejército, prólogo del desastre español de la batalla de Gamonal, señaló la definitiva eclosión de la tragedia anunciada el 2 de mayo y alimentada a lo largo de los tres meses siguientes.

(3) *Juan Martín El Empecinado. La Guerra de la Independencia bajo su aspecto popular. Los Guerrilleros.* General D. José Gómez de Arceche, de la Real Academia de Historia. Barcelona, 1888, pp. 9 y 38.

Es ese 10 de noviembre de 1808 la fecha fatídica que señaló la ruptura total y que hizo imposible, no ya la convivencia sino hasta la mera estancia de los imperiales sobre nuestra Patria.

Los franceses no perdonaron ni a los soldados derrotados, a los que degollaron salvajemente, ni a los pueblos que encontraban a su paso. Todos los documentos consultados sobre estos días nos hablan del horrible saqueo y posterior incendio a que eran sometidos cuantos pueblos caían en sus manos.

Por ello, tras estos últimos hechos, cuando ya no tienen nada que perder, cuando todo les ha sido arrebatado, incluso los miembros de su familia, el honor de sus propios hogares y hasta las paredes y las tejas en que se cobijaban, las iras y los odios se desatan. El pueblo entero se levanta contra el invasor; unos, los más fuertes, se «echan al monte»; otros y otras, las heroicas mujeres, apoyarán sin descanso a los primeros, les prestarán información hasta del mínimo movimiento de los «gabachos», les proporcionarán alimentos, aunque ellos no tengan que comer, les ocultarán, despreciando las mortales represalias, cuando aquéllos son perseguidos o están heridos... y, de paso, si es posible y se les presenta la ocasión, matarán dentro o en los alrededores de los pueblos al primer francés que cometa el error de separarse de sus compañeros.

Se puede aducir que levantamiento o levantamientos hubo muchos antes de la fecha citada. Que el 2 de mayo fue un guerrear del pueblo auténtico y genuino contra el invasor; lo mismo cabe opinar de los motines de Burgos y Toledo, y de los combates de Logroño, del Bruch, de Arbas y Valdepeñas. Otro tanto es dado pensar del alzamiento del alcalde de Montoro y del conde de Valdecañas. Ello es cierto, muchos son los que han sido calificados de guerrilleros, pero o bien fueron héroes populares que se pusieron al frente de un levantamiento popular, o se sumaron a él en un momento o para una acción determinada, o bien actuaron realmente como jefes de fracciones importantes del ejército.

El Somatén

No hay duda de que generalizando podríamos atribuir el título de primera organización guerrillera al Somatén. Pero, si fue pre-

cisamente en Cataluña donde primeramente la animadversión contra el francés tomó el carácter de lucha general fue debido a la existencia en dicha región de una organización cívico militar propia y reconocida (con numerosos avatares) desde muy antiguo: la de los Migueletes y el Somatén.

Esta organización, capaz de aglutinar a los pueblos para oponer una resistencia eficaz, tenía además la ventaja de haberse experimentado en las guerras precedentes del Rosellón y constituían una acertada combinación de Migueletes (hombres elegidos entre los más jóvenes y mejor dotados) y Somatén (la masa de la población). Fueron estas organizaciones las que tanto quebranto dieron al enemigo, al que obligaban siempre a estar sobre las armas y expuestos a continuos ataques, ya ocuparan posiciones en campo raso, ya se hallasen en puestos fortificados. Pla Caizol, en su «Guerra de la Independencia en Gerona y sus comarcas» confirma lo anterior: *«En Cataluña y en toda España fueron los guerrilleros —y los somatenes funcionaban como tales— los que en realidad ocasionaron al fin la derrota de los bonapartistas en España, y desmoralizaron a los mandos franceses e hicieron precarias todas las conquistas del territorio que lograba el invasor, hasta tal punto que llegaron a dar al enemigo la sensación de que sólo podía considerarse dueño del terreno que pisaba»*. Precisamente el ayuntamiento de Manresa guarda un manuscrito sobre estos hechos, digno de ser más conocido por cuanto representa.

Hubo, pues, frecuentes levantamientos en las poblaciones que sentían la terrible amenaza de caer en manos del enemigo. En estos lugares, en estas provincias, se crearon cuerpos de voluntarios, a cuyas organizaciones servía y acudía la juventud. Pero en las comarcas ocupadas esto fue imposible; no cabía recurrir a procedimientos militares y por ello el pueblo apeló al alzamiento aislado de sus fuerzas, que —impotentes para oponerse al poderoso ejército regular invasor— recurrían al sistema y a la táctica de las guerrillas.

El heroísmo de la mujer

Para hacer este tipo de guerra, para organizarla, para dirigirla o simplemente para participar en ella, se sumó el ingenio de todas las clases sociales. Desde el barón de Eroles, al profesor universitario, «El Médico»; desde el clérigo ramplón, «Merino», a «El Pastor» de ovejas, Jáuregui.

Como siempre ha sucedido en España, los hombres jamás han caminado solos por las sendas del heroísmo; al igual que en todos momentos difíciles, destaca en éste, ese temple de acero de la mujer española. Bien acompañando, impulsando o aun dirigiendo al varón, bien auxiliándole, amparándole, curándole, reavivando su cuerpo y su espíritu Su comportamiento y su aportación a esta guerra irregular fueron decisorias. Citemos algunos nombres y hechos:

La mujer de Cuevillas mató por su mano tres franceses en Santo Domingo de la Calzada, al obligar su marido a la guarnición a meterse en el convento de San Francisco... Doña Susana Claretona compartía con su marido, don Francisco Felonch, el mando de los somatenes en Capellades y trabuco en mano resistía el 14 de marzo a los franceses como Magdalena Bofill y Margarita Tona Coll de Bruchy en Valdrau. Martina la vizcaína... desplegó un valor y una serenidad en los trances más arriesgados, que le dieron el nombre tan admirado entre nosotros como terrible para los enemigos. (Salvó, con un valor y una pericia increíble, a uno de sus oficiales herido —Asenjo—). En Extremadura se distinguió sobremanera doña María Catalina López, sobre todo en la acción de Valverde el 18 de febrero de 1810..., Francisca de la Puerta..., etc. Las mujeres en el campo no tuvieron nada que desmerecer a las Agustinas de Aragón, Claras del Rey, Manuelas de Malasaña, etc., de las ciudades.

Iniciación del levantamiento guerrillero

Según Gómez de Arteche (4) «*En aquel año de 1809 puede decirse que comenzó la era, que tan eficaz había de resultar, de los guerrilleros en la feliz y memorable lucha de la independencia española*». Y, para aclararlo aún más, añade: «*Hemos visto que los había que salieron a campaña en el año anterior, y buen ejemplo es el del Empecinado, su representante más genuino...; pero ni él ni los catalanes, con ser tantos y sus operaciones tan eficaces, imprimieron a la guerra popular el carácter general, la forma que nos atreveríamos a llamar clásica, el espíritu de ira implacable...*».

(4) *Guerra de la Independencia (1808-1814)*, por el General D. José Gómez de Arteche y Moro. Tomo IX, Madrid, 1895. Tomo VII, p. 57. En adelante, todas las citas en que no se mencione el autor se refieren a esta obra. Los datos de los dos párrafos anteriores también están tomados de ella.

Se podrá replicar que la «historiografía» popular les coloca en el año 1808; que la mayor parte de los biógrafos de los guerrilleros sitúan sus primeras «grandes hazañas» en 1808; que un autor tan popular como E. Rodríguez Solís les sitúa en el mismo año 1808; se podrán alegar muchas cosas, pero las pruebas no apoyan tales asertos.

El Conde de Toreno coincide en la misma tesis. No duda en afirmar: «*Acompañaron a los franceses en su retirada lágrimas y destrozos (Retirada de agosto de 1808). Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolación y espanto por los pueblos del camino o los poco distantes: Rezagándose se perdían para merodear y pillear, saqueando las casas, talaban los campos; sin respetar a las personas ni lugares más sagrados. Buitrago, El Molar, Iglesias, Portezuela, Gandullas, Braojos y, sobre todo, la Villa de Venturada, abrasada y destruida...*». Más adelante añade: «*Hubo sitios en que guerreaba toda la población. Así acontecía en Cataluña, así en Galicia, según luego veremos, así en otras comarcas. En los demás parajes levantáronse bandas de hombres de guerrilla...*» (5).

El mismo Emperador escribía, desgraciadamente cuando era imposible el remedio: «*Las guerrillas se formaron a consecuencia del pillaje, de los desórdenes y de los abusos de que daban ejemplo los mariscales en desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar a Soult, el más voraz de todos ellos*».

Profundizando un poco más en el tema, veamos el proceso que, en este aspecto, inicia el Gobierno legítimo de la Nación. Dice Priego al respecto: «*Entre las abundantes y por lo general bien orientadas medidas adoptadas por la Junta Central en los primeros días de su estancia en la capital andaluza, merece citarse: el Reglamento de Partidas y Cuadrillas de 28 de diciembre de 1808, que pretendía armonizar la actuación de numerosos grupos de compatriotas que se habían alzado en armas, a retaguardia del enemigo...*» (6).

(5) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid, 1835. Tomo I, pp. 411 y ss. Tomo II, pp. 345 y ss.

(6) El Gobierno Central dio en diciembre de 1808 un Reglamento «para la formación y servicio de las partidas de guerrilla» (y «de cuadrilla»). Fracasado este intento organizativo estableció, por decreto de 17 de abril de 1809, el «Corso terrestre», por el cual se organizaron y tuvieron vida legal las guerrillas.

Los artículos 21 y 24 de tal reglamento exigía dos condiciones a estas partidas, difícilmente realizables en estos primeros momentos. Primera condición «sine qua non» era que tales partidas no se nutrieran con desertores de nuestras líneas regulares, evitando así que éstas acabaran de desorganizarse y disolverse; y la segunda que sin perjuicio de operar con cierta autonomía, quedaran subordinadas a la autoridad de los generales en jefe.

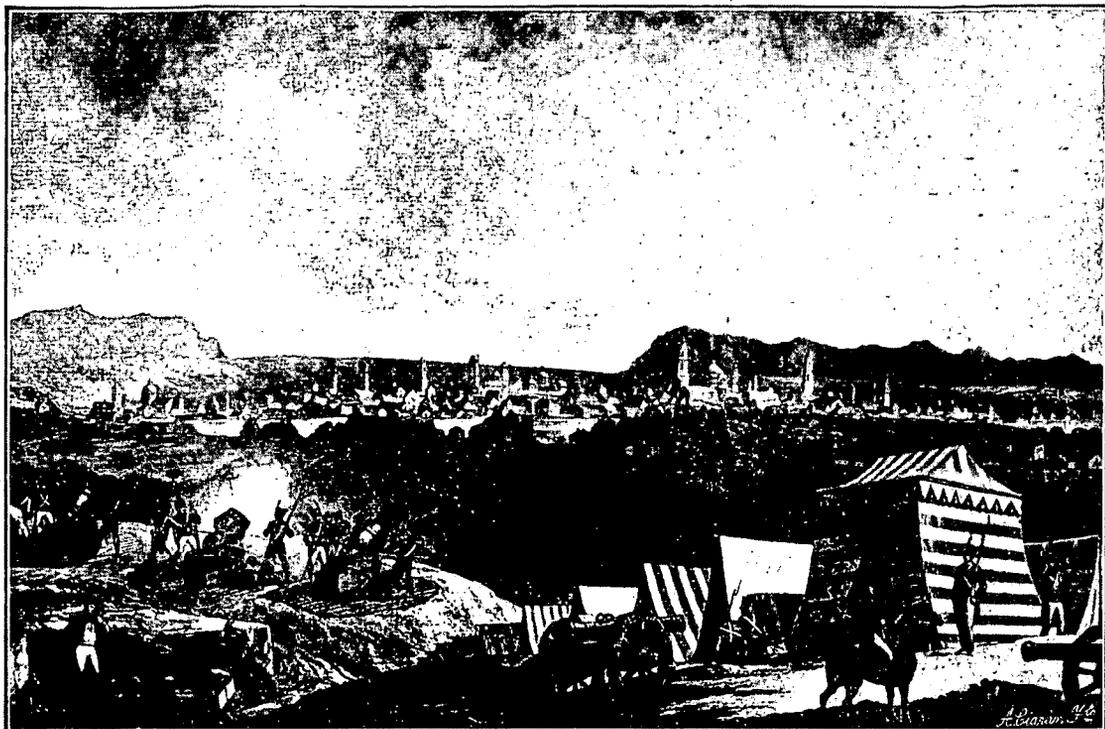
A pesar de afirmar Priego que eran medidas «bien orientadas», líneas después reconoce: *«No obstante, la mencionada disposición resultó ineficaz, porque las partidas que habían comenzado a formarse se hallaban constituidas principalmente por desertores del ejército regular que se resistían a volver a filas y porque los jefes de las mismas preferían actuar con absoluta independencia...»*.

No debemos olvidar que Napoleón consiguió derrotar e hizo replegarse repetidamente a los ejércitos españoles, pero el grueso de éstos no fue destruido ni cogido prisionero, por lo que muchos de sus elementos, al autodisolverse ciertas unidades, pasaron automáticamente a engrosar o a formar parte de las guerrillas.

El momento más decisivo, y el que más esperanzas dio a los patriotas y después más alivio y respiro a los ejércitos franceses, lo constituyen los días posteriores a la batalla de Ocaña (18 de noviembre de 1809), el mayor descalabro de los ejércitos españoles (al mando del General Azcárraga en este caso) en toda la Guerra de la Independencia.

Pero en este momento se presenta un nuevo, y más grave aún, problema para los ejércitos del Rey José, que se ven dueños de toda Andalucía, pero que se encuentran con que la ocupación de esta región y el sitio de Cádiz, les obliga a fijar otros 100.000 soldados franceses más en el amplio escenario español. Ello lo deben de efectuar restándoles de los ejércitos operativos y de maniobra.

Es a partir de esta batalla, cuando la guerrilla que, como hemos dicho, ya había comenzado antes, alcanza su máxima fuerza, amplitud y número, extendiéndose poderosa, amenazadora y omnipotente por toda la geografía patria. Para este fin acudieron representantes de todos los estamentos de la Nación. Hasta los pastores fueron convocados para que formaran compañías de «honderos» mediante manifiestos similares al siguiente.



1808. — Vista general de la ciudad, tomada desde el monte Torrero, durante el primer sitio.



4 Agosto 1808. — Lucha en la torre del Pino, que costó la vida al comandante D. Antonio Cuadros.



Batería de la Puerta de Sancho.



Incendio del convento de San José, por los franceses.

«Amigos, no hay que andar como dime que te diré, ni traque ni varraque; a Francia, a Francia todos, pero primero nos presentaremos a los señores generales de los soldados que son los amos y les diremos:

¡Usías! como somos tan bolonios que no sabemos cuando es la hora de hacer la arremetida, podemos gastar el zurrón antes; es preciso que usías nos den un oficial que sea ducho que nos lleve a donde aprieta la dificultad y diciéndonos ¡ahora muchachos! pedrada que te crió y tente perro, que yo aseguro que no han de quedar para llevar el cuento a Francia. ¡Pastores! no hay que dexallo, que semos los mejores soldados para la guerra con los gabachos. Los señores generales bien nos conocen y saben que a los pastores nada les espanta y que estamos hechos a trabajos porque el sol, la escarcha y la nieve caen sobre nosotros; dormimos al sereno, la cama siempre está hecha; jamás nos desnudamos, el uniforme siempre es el mismo, nuestras armas son de la fábrica de nuestras ovejas porque de su lana hacemos las hondas y nuestra munición la hallan en todas partes y para llevarla no es menester carros, porque zurrón vacío, zurrón lleno; bien saben los señores que también sabemos andar por vericuetos y que jamás de los jamases necesitamos camino real porque sabemos los atajos. Pues ¿Y qué no saben que en ocasiones manejamos al garrote como el mejor espadachín? Pues no hay que venirnos con bayonetas porque de cada trancazo echaremos al infierno a cuantos franceses se pongan por delante» (7).

Y los pastores tuvieron su representante más genuino en uno de los jefes de guerrilla más valientes, más astutos y entendidos. Don Gaspar Jáuregui, «El Pastor», brigadier después, por méritos propios, de nuestros reales ejércitos.

Lo cierto es que el Gobierno, ante este fracaso del Reglamento de «guerrilleros y cuadrilleros» (para los contrabandistas), se vio en necesidad de reconocerlas tal como estaban surgiendo, dándoles «status» legal y dictando el 17 de abril de 1809 la «Instrucción para el curso terrestre contra los ejércitos franceses», en las que, con un mínimo control y normalmente a través del acicate de las recompensas y de los empleos militares se las autorizaba, se las reconocía oficialmente y se las animaba en aquella lucha sin cuartel contra los franceses.

(7) Gómez de Arteche, *Guerra de la Independencia*. Tomo VII, p. 60.

ORIGEN, IDEAL POLITICO Y FINAL DE LOS GUERRILLEROS

Podemos establecer un origen doble por la presencia de los individuos que inicialmente integraron las guerrillas: militar o civil. He aquí algunas modalidades de la forma de surgir la guerrilla de origen militar:

a) A veces se formaron grupos de oficiales y soldados, dislocados del Ejército regular derrotado. Es el caso de Porlier, del Brigadier Villacampa y de otros jefes que, no pudiéndose incorporar a las grandes unidades en desbandada y no queriendo entregarse prisioneros al adversario, deciden seguir la guerra por su cuenta. En realidad estos grupos pudieron ofrecer al principio cierta confusión con los grupos de desertores y por eso los mandos militares trataron de conseguir la recuperación de los mismos.

b) También se formaron grupos con los combatientes que huían de las plazas sitiadas antes de la rendición de las mismas, o bien con soldados prisioneros que consiguen fugarse en grupo, capitaneados por un oficial, como el caso de Renovales.

c) Además, estaban las antiguas fuerzas de seguridad pública de carácter local, formadas casi siempre por soldados veteranos licenciados y que recibieron diversos nombres según las regiones (partidas francas, milicias honradas, somatenes, miñones, escopeteros y fusileros), y que aunque no tienen carácter militar propiamente dicho, suelen convertirse inicialmente en núcleos catalizadores de actividades guerrilleras.

En cuanto a los grupos voluntarios civiles armados para combatir a los franceses tienen a su vez dos procedencias distintas:

a) Unas veces son gentes honradas arrancadas de sus quehaceres habituales por una acción psicológica debida a motivaciones diferentes en cada caso, tales como la afrenta personal, la venganza por la represión francesa, el deseo patriótico de mantenerse libres de la dominación extranjera, el motivo religioso de lucha contra el que, en aquellos tiempos, representaba el azote revolucionario.

b) Otras veces se trataba de antiguos bandoleros y contrabandistas a los que se ofreció el indulto si concurrían ahora a la causa común de defender a la Patria contra los franceses.

La guerrilla significó la participación popular en el alzamiento nacional y en la resistencia. Aquel modo nuevo de hacer la guerra basada en la conjunción del Ejército nacional regular y la guerrilla era una «guerra total», constituyendo de esta manera España una «nación en armas» que se enfrenta a Napoleón, cuya máquina militar había vencido hasta entonces a las máquinas militares de cuantos Estados se habían enfrentado a Francia, pero que no había llegado todavía a enfrentarse a todo un pueblo en armas. Esa fue la gran sorpresa y el gran error de cálculo de Napoleón.

En conjunto, pues, las guerrillas y los guerrilleros surgen por una mezcla variopinta de necesidad física, moral y psicológica de la raza hispana. Se uniría a ello el deseo de venganza, el amor a la independencia, a sus costumbres, usos y modos juntamente con una moral de victoria, orgullo personal, sueño de gloria en base a derrotas que inferirá al enemigo. De esta simbiosis de características y circunstancias, surge también la figura del jefe guerrillero que logró aglutinar en torno a sí una serie de hombres ante los que se erige en jefe y conduce al combate.

La guerrilla y los guerrilleros pronto se extendieron por toda España y así el francés Miot de Melito dice de ellas: *«un ejército invisible se extendió sobre casi toda España como una red de la cual no se escapaba ningún soldado francés que se alejara un momento de su columna o de su guarnición»*.

Como ya hemos dicho, surgieron también las guerrillas al ser dispersados por las afortunadas operaciones de Napoleón los ejércitos en los que los españoles habían puesto sus más caras esperanzas. Muchos de los voluntarios alistados en ellos, al verse impotentes ante las fuerzas imperiales y al ver en desbandada las unidades en las que estaban encuadrados, cuando no en huida, desertaron de las filas para constituir grupos de merodeadores que procuraban hacer a los invasores todo el daño que podían. A estos «desertores» se unieron pronto paisanos que trataban de vengar algún agravio personal recibido de los franceses y, también, aunque resulta triste decirlo, bastantes forajidos de profesión que aprovechan la ocasión de la guerra para satisfacer sus ansias de botín y

sus instintos sanguinarios. Bien es verdad que la actuación de estos indeseables fue pronto atajada por los propios guerrilleros que les persiguieron con más saña que a los mismos franceses.

El cura Merino y el Empecinado

El cura Merino nació el 30 de septiembre de 1771, hijo de labradores y arrieros humildes. Fue soldado en el Regimiento Provincial de Burgos, del que desertó sin que por ello fuera perseguido. Según la conocida obra de E. Rodríguez Solís, comienza sus andanzas en enero de 1808. Según Gómez de Arteche, después de la segunda invasión. Pero en su hoja de servicios figura, como primera acción de armas, el 10 de agosto de 1808. ¿Cómo son posibles estas tres fechas? La primera de ellas es de antemano desechable, no coincide en absoluto con la realidad cronológica histórica. La segunda es aceptable teniendo en cuenta que es en enero de 1809 cuando tiene lugar la famosa reunión, tipo medieval, en San Pedro de Arlanza (8); pero en tal caso no encaja la fecha del episodio de los instrumentos de música cargados sobre sus espaldas y transportados de Villoviado a Lerma. Si su primera acción de armas fue el 10 de agosto, no es dado pensar que, cuando se acercan nuevamente los franceses, los espere en la Iglesia parroquial en vez de con la escopeta detrás de un matorral. Igualmente es improbable que los franceses se conformaran con humillarle y hacerle cargar con sus instrumentos, si ya era uno de sus asesinos, uno de los «brigantes».

En los primeros días de agosto, con el rey José y sus generales de paso por Lerma, se agotaron todos los medios de transporte y se saturaron las vías de comunicación. En la dirección lateral y de flanqueo de la carretera general Madrid-Irún se encuentra Villoviado (a cuatro kilómetros al sur de Lerma). Sin duda, fue este el momento en que echaron mano del buen cura para transportar

(8) Son muy diversos y variados los testimonios sobre esta reunión. Gómez de Arteche, por ejemplo, en su obra citada, tomo VII, p. 22, dice: «...El "Director" le inspiró la idea de una reunión en San Pedro de Arlanza, especie de asamblea antigua, con aquel personaje anónimo (Santillán), el abad de Lerma don Benito Taberner, el del insigne monasterio en que se celebraba la Junta, y el de Covarrubias, el comisario de la central, señor Peña, presbítero también, y Merino... fijaron las medidas que sería necesario tomar para el alzamiento en armas del país... Esto sucedía en enero de 1809...». En esta fecha coinciden todos los autores.

los instrumentos y la circunstancia que motivó su juramento de venganza en el impresionante marco de la plaza mayor de Lerma.

A los pocos días, el 10 de este mes, los franceses se retiraron de la villa. Merino encontró al primero o a los primeros «gabachos» en quien cumplir su promesa de venganza. Lo sucedido desde este momento hasta el 11 de noviembre tiene una explicación racional. El cura se retira a su pueblo, ya que la comarca está libre de franceses. Pero, tras la victoria napoleónica de Gamonal, el hasta hace poco pacífico clérigo tiene que acogerse a la protección de «El Risco» y de las espesuras de los carrascales que cubren las estribaciones del Sistema Ibérico.

De haber realizado encuentros y hazañas bélicas de envergadura en épocas anteriores, figurarían en su citada hoja de servicios. Aún más, sabemos que en los primeros meses de 1809 encuentra tan serias dificultades para reclutar gente con las que organizar su partida, a pesar de contar con el apoyo de la Junta Provincial, que incluso algunos estudiantes (entre ellos Santillán) llegaron a pensar seriamente en abandonarle (9).

Es ilustrativa su hoja de servicios (10):

«... En la presente campaña contra Francia, desde el día 10 de agosto de 1808 no perdonó fatiga de matar y aprisionar silenciosamente cuantos franceses pudo, cuya suma asciende a un número considerable, hasta que el día 6 de enero de 1809 abandonó su casa y acaudillando unos cuantos españoles se presentó en público, enemigo decidido de los franceses, saliendo incesantemente a los caminos reales, cogiendo correos, aprisionando sus escoltas y sufriendo todos los rigores del invierno sin entrar en poblado, porque los pueblos se negaban entonces a admitirlos y contribuir con razones....»

«El 3 de mayo de este año de 1809 es ascendido por el "Superior Gobierno" a: Comandante de Guerrilla con el título de la Cruz Roja, concediéndole en él las facultades de armar...». «... Mil ca-

(9) Varios biógrafos lo afirman, entre ellos Gómez de Arteche, obra citada, tomo IX, p. 147; y lo ratifica con sus manuscritos el propio Santillán.

(10) En adelante, siempre que nos refiramos a las Hojas de Servicios damos por sabido que se encuentran en el Archivo General Militar de Segovia.

ballos y mil quinientos infantes son los que tiene armados y montados, cogiendo todas las armas a los enemigos y mucha parte de los caballos, de cuyo número ha tenido muchas bajas originadas por el abominable hábito de admitir otras guerrillas los soldados de ésta, que huyen del orden y la disciplina que siempre se ha observado... Ha mandado y dado con su tropa 39 acciones a los franceses después de nombrado comandante...».

«... Cogió, sigue diciendo, 15 correos y más de 2.300 enemigos muertos y prisioneros». Todo ello sin recibir auxilio de ninguna autoridad, pues hasta las municiones que han utilizado han sido primero arrebatadas al enemigo. Sin embargo, reconoce que la Junta Central le ha proporcionado tres cargas, si bien él ha dado más del doble a otras partidas y regimientos... Por ello el Gobierno Supremo de la Nación elevó su partida de caballería a la clase de regimiento con la denominación de «*Húsares voluntarios de Burgos*».

El 16 de septiembre de 1809 es ascendido a capitán, el 7 de enero de 1810 a teniente coronel y el 8 de agosto de 1811 a coronel. En 1812 «*da*» otras seis acciones en las que ocasiona al enemigo, entre muertos y prisioneros, mil quinientas bajas. El 6 de agosto de 1812 es ascendido a brigadier. A continuación vienen detalladas algunas de sus acciones, méritos, nombramientos, recompensas, etcétera, que no son del caso relatar. Así mismo vienen descritas sucesivamente todas las acciones importantes en que tomó parte. Estos datos dan una idea de la rapidez con que se sucedían los hechos.

La hoja de servicios de este guerrillero puede servir de pauta o guía para las de otros muchos. El pueblo elevó a todos a nivel de mito de leyenda, y realmente legendarias fueron sus hazañas. El general francés Hugo dice al respecto en sus *Memorias Militares* (11): «*Difícilmente se hallará en la Historia de la Guerra, si se exceptúa la de Vendée, en que los pueblos hayan tenido que hacer más sacrificios por la causa de un príncipe, y en los que hayan hecho con la unanimidad y la rara constancia que en España. La Junta Suprema y las Provinciales les ordenaban el abandono de sus casas y muebles, hasta el de las cosechas, aun ya las recogidas*

(11) José Leopoldo Hugo, general bonapartista de la Guerra de la Independencia, fue el padre del famoso escritor y poeta, Víctor Hugo.

en las granjas; y obedecían al instante, huyendo a pesar del tiempo, a veces durísimo, a los bosques y a las montañas, sin recurso alguno, la mayor parte de las veces, para alimentarse».

Este general Hugo era el veterano de la Vendée, el vencedor de Fra-Diavolo. No obstante en España, al frente de más de 3.000 infantes y numerosa caballería, frecuentemente reforzada, no pudo con otro de nuestros guerrilleros, el Empecinado, y al cabo de dos años y de recurrir a todas tretas, desalentado y hasta enfermo de cuerpo y espíritu, tuvo que abandonar la empresa que había comenzado con las mayores jactancias y que acabó con el mayor de los fracasos.

La explicación de este fracaso nos la da en sus novelescas narraciones el hijo del citado general, el inmortal dramaturgo Víctor Hugo: *«No entraré en los pormenores de aquella guerra de montaña, que era una repetición de la que el general había hecho en el Apennino. El sistema del Empecinado era el mismo que el de Fra-Diavolo, escaramuzas perpetuas y desapariciones súbitas. En el momento en que le iban a aplastar, desaparecía bruscamente para reaparecer cuando menos se pensaba».*

«Pero había entre aquellas dos guerras una diferencia esencial: en Italia los habitantes estaban contra las partidas y en España con ellas. Y era que España se alzaba toda para rechazar aislada la dominación extranjera, defendiéndose hombre a hombre y pie a pie. Imposible saber por dónde había podido escaparse el Empecinado; los aldeanos daban falsas noticias cuando no tenían tiempo de huir a la aproximación de los franceses. Y lo más frecuente era encontrar las aldeas desiertas, habiendo ocasión en que se anduvo ocho días sin ver a nadie. Antes de escaparse destruían lo que no podían llevar consigo; no se hallaba pan, ni carne; y consumida la galleta, las tropas morían de hambre».

El Empecinado, humilde y honrado labrador, nació el 2 de septiembre de 1775 en Castrillo de Duero (Valladolid), había velado sus primeras armas en la guerra del Rosellón, donde había demostrado su valor y había aprendido y practicado sus habilidades guerrilleras.

Por injurias personales según unos, por ofensas a su honor según otros, por patriotismo e indignación ante la conducta de los

que se llamaban amigos, según los más; aunque muy posiblemente por todas las causas anteriores reunidas, por recoger conjuntamente la opinión de todos sus biógrafos, tomó las armas contra «los gabachos» antes del «dos de mayo».

Por envidias y traiciones cae preso, logrando salvarse gracias a su proverbial serenidad y extraordinaria fuerza corporal. Sus primeras acciones propiamente guerrilleras, realmente, comienzan a partir de la segunda invasión. Le encontraremos tan pronto al lado de Sir John Moore, como en Ciudad Rodrigo o en la vanguardia del Ejército que mandaba el duque del Parque, en la batalla de Talavera. Pero siempre, antes y después, su escenario preferido estará en las provincias de Soria, Segovia, Burgos y posteriormente Guadalajara. En septiembre de 1810 ya es brigadier de los Reales Ejércitos por nombramientos del «Gobierno Supremo de la Nación».

No es nuestra intención detenernos en todos los pormenores sobre procedencia, ideales e ideología de cada guerrillero, pero si hemos tratado en primer lugar a dos «castellanos viejos» es por resaltar la disparidad de su profesión, de su carácter, de sus móviles, de su conducta y de sus ideas, y a la par dejar constancia de su final, para ambos de infortunio. Mientras que el cura Merino es un antiguo desertor de milicias, con treinta y siete años a cuestas cuando se pone al frente de sus primeros seguidores, el Empecinado es un aguerrido y «vocacionalmente soldado» veterano de la guerra del Rosellón, donde derrochando valor cosechó laureles y fama. El primero es más que nada arriero, pastor, de aparente poca salud, escasa fortaleza e introvertido carácter; Juan Martín Díaz es el antagónico mejor logrado: labrador, cavador de viñas, de envidiable salud, hercúlea fortaleza y carácter extrovertido hasta el límite. El clérigo será austero, poco tratable, disciplinado y férreo en exceso, sin un solo tropiezo amoroso. Su paisano, un «Sancho», buen catador de los buenos placeres, liberal de conducta, amigo más que jefe de los suyos, agradable en el trato y con sus correspondientes enredos amorosos.

Ambos tienen en común el ser prácticamente cuarentones cuando acababa la Guerra de la Independencia, el haber alcanzado las más altas cumbres de la milicia durante la misma, y el ser celeberrimos en y fuera de España, pero aparte de esto y de su proximidad de origen, de tierra, de «cuna y linaje», poco más puede unirlos. Mientras Merino es un «servil» a machamartillo, el Empe-



Defensa de la iglesia de Sta. Engracia por el pueblo de Zaragoza
Cuadro de L. F. Lejeune (Museo de Versailles)

cinado es un liberal hasta lo más profundo de sus entrañas. Sin embargo, caben serias dudas de si Merino sabría bien lo que eran los «absolutistas, apostólicos, carlistas, etc.», y si el Empecinado comprendía el fondo doctrinal, político y social de los doceañistas, constitucionalistas, liberales y demás.

Merino, a pesar de sentirse mal recompensado, tomará las armas para «echarse al monte» cada vez que los liberales apuntan por los horizontes de su Castilla. Ya sesentón volverá a ponerse al frente de un ejército tan numeroso como efímero para defender los derechos de «don Carlos», su Carlos V. Al lado de su Rey seguirá fiel hasta el infortunio, renunciará a las ventajas del Convenio de Vergara y, «hombre de honor hasta el final», pasará la frontera francesa, acabando sus días en la nostalgia y la tristeza, pobre y austero cual había vivido, en la villa francesa de Alençon el 13 de noviembre de 1844, no sin antes haberse ganado el cariño y la admiración de aquellos franceses, otrora sus mortales enemigos.

El Empecinado, por su parte, aprovechará cuantas ocasiones se le presenten para defender sus ideales liberales, lo cual le ocasionará un sin fin de problemas. Se unirá entusiasta a los constitucionalistas que Riego llevó al poder. Estos años del trienio liberal serán de gloria y satisfacciones, pero ya pasados, hombre de honor al igual que Merino, aunque en campos opuestos, no inclinará su cerviz ante los nuevos amos y dará con sus huesos en la cárcel y con su cuerpo en la picota. Fue ejecutado en 1825, por orden del Rey.

Como último acto antagónico de ambos guerrilleros están los combates entre ellos. Cuando el Comandante Riego, mediante el Pronunciamiento de Cabezas de San Juan, abra el trienio liberal, llegará nuevamente la hora del eclipsado Juan Martín, que desempeñará durante estos años el cargo de Segundo Jefe de la Capitanía General de Castilla la Vieja a las órdenes del conde de Montijo. No gozó de tranquilidad en su cargo. Las partidas realistas adquirían cada vez más fuerza y el Empecinado hubo de combatir las. El enemigo más importante de esta hora fue «el fugitivo», en estos años, cura Merino, que también llevó la peor parte.

Pero tras el breve paréntesis liberal en 1823, cuando los liberales evacuan la ciudad de Valladolid, queda en ella el Empecinado

con una unidad ligera de caballería para proteger la huida de los suyos. Al día siguiente, Duero abajo, emprendía también el camino de Portugal. El 27 de abril de ese año el cura Merino, al frente de sus huestes realistas llegó a la ciudad del Pisuerga. Su primer acto fue derrumbar la lápida de la Constitución para colocar en su lugar una estatua de Fernando VII. El Empecinado cruza de nuevo la frontera para continuar la resistencia mediante sus habituales procedimientos guerrilleros. Pero el 22 de noviembre de 1823 fue cogido prisionero en Olmos de Peñafiel por las tropas realistas. Ese mismo día fue trasladado a pie, amarrado a la cola del caballo del alcalde de Roa hasta este pueblo. Aquí le esperaban dos años de humillación y sufrimientos, fruto de la venganza personal de Fuentenebro, corregidor del lugar, que se ensañó con él.

El día 19 de agosto de 1825 fue ajusticiado en Roa. Sus últimos momentos reflejaron el temple de caudillo nato que fue a todo lo largo de su vida guerrillera. Justo ante el cadalso, y en uno de sus tan frecuentes como increíbles derroches de fuerza, rompió las cadenas que le sujetaban, desarmó al jefe de la escolta e intentó abrirse paso a través de los soldados, quienes le abatieron a bayonetazos.

Otros guerrilleros

La historia de estos dos guerrilleros, bajo uno u otro aspecto, se va a repetir con otros muchos de entre los que lograron salir con vida de la Guerra de la Independencia. Citemos en primer lugar a Longa, nacido en Bolívar (Vizcaya), quien comienza sus andanzas el 10 de agosto de 1809. El 17 de abril de 1812 es nombrado coronel y el 3 de julio de 1813, brigadier. Pasa a ostentar los entorchados de mariscal de campo el 3 de septiembre de 1814. Como correspondía a su origen de procedencia, será fiel absolutista, levantará partidas realistas en el trienio liberal y será uno de los primeros en unirse a la victoriosa Regencia. Muere, sin que su figura hubiera destacado en exceso, casi en el ostracismo, en los preliminares de la primera guerra carlista, en la zona de fricción fronteriza con Portugal.

Tomás de Zumalacárregui, traído a colación más que por sus méritos en esta guerra, por su personalidad posterior y por ser

considerado por varios historiadores como la imagen estereotipada del guerrillero salido de esta contienda. Es cadete en 1811 y capitán en mayo de 1813. De todos es conocida su actividad militar y su muerte en la primera guerra carlista, al frente de las tropas apostólicas, en el sitio de Bilbao.

El barón de Eroles, representante clásico de la aristocracia pirenaica, forma una unidad tipo batallón para combatir a los imperiales y, como tiene sobrados medios económicos, paga a sus soldados con generosa largueza de su pecunio particular. Después del sexenio absolutista, no muy brillante para él, la Regencia de Seo de Urgel, de la que es uno de los principales artífices y sostenedor, le nombra «Generalísimo de los ejércitos de la fe». Se une al duque de Angulema, con el que recorre triunfalmente España. A partir de la nueva restauración de Fernando VII se oscurece gradualmente el fulgor de la estrella del guerrillero. Acabó sus días en Daimiel, cuando comenzaban a despuntar los primeros titubeos liberales en la corte fernandina.

Los Cuevillas (padre e hijo), naturales de Cervera del Río Alhama (Rioja), se presentan voluntarios con la partida de Porlier. A mediados de 1809, al frente de 8 soldados, forman la suya propia, que al año siguiente estará compuesta por el escuadrón de Húsares de Cantabria (600 hombres) y el batallón de voluntarios de Rioja (1.000 hombres). En 1812 el padre queda cojo y la Regencia le nombra Comandante. El hijo, que se declara ferviente absolutista, sigue los avatares de los anteriormente citados y en 1833 lo encontraremos de mariscal de campo al lado de don Carlos. Posteriormente se acoge al abrazo de Vergara y por «revalidación» se le reconoce como mariscal de campo, aunque queda en el mayor de los ostracismos.

A los hombres anteriores podríamos unir otro nutrido grupo de guerrilleros absolutistas. Adamé, Zaldívar, etc., que, con más o menos fortuna, se levantaron en el trienio liberal, fieles a sus ideales políticos.

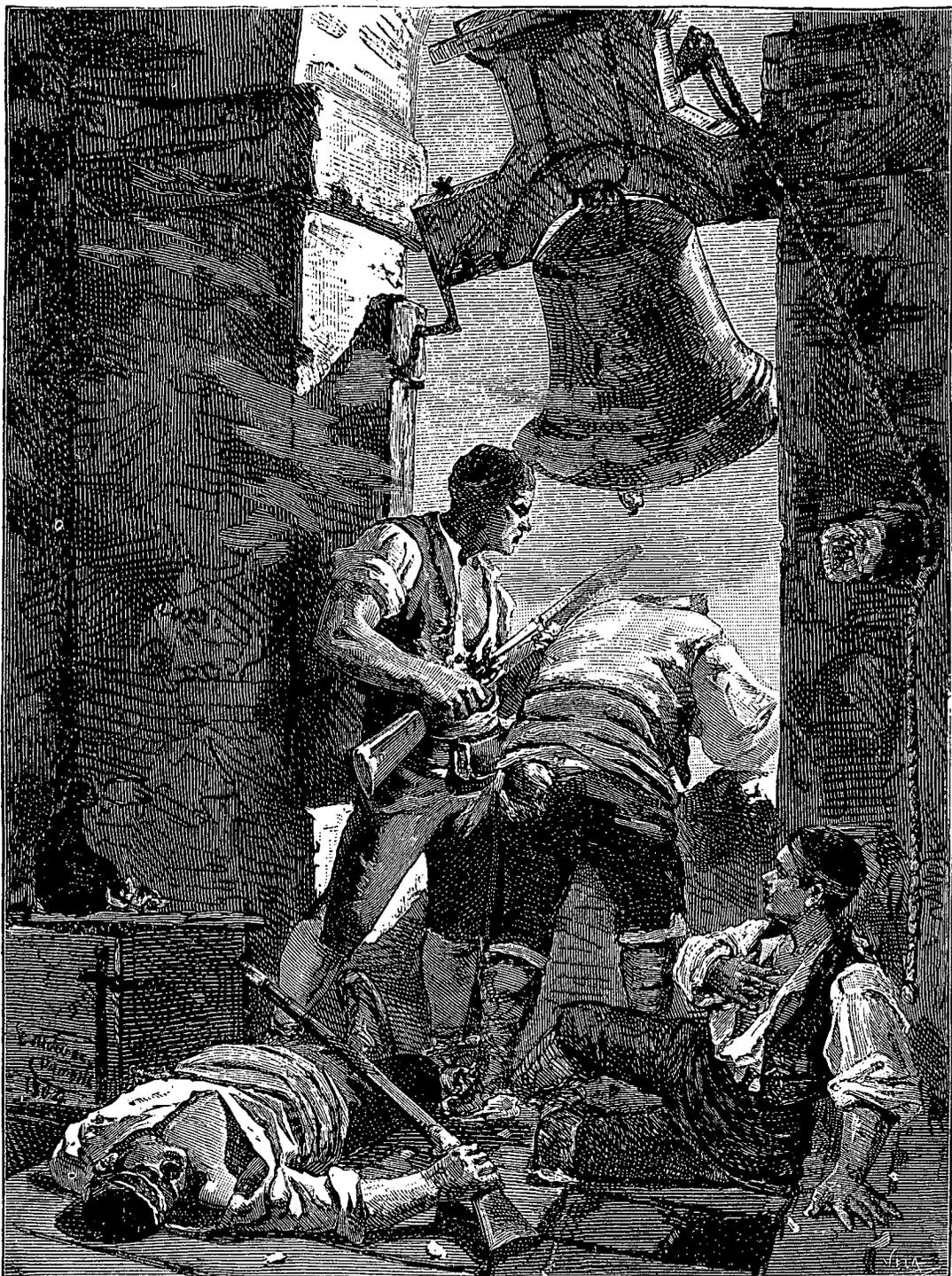
Si ahora pasamos al campo liberal, la historia se hace aún más sombría. José Górriz, fiel segundón de Mina, cae prisionero en la conspiración de éste, en 1814, y es fusilado por los realistas a finales del mismo año.

No fue tampoco demasiado venturosa la suerte de los Mina. El joven cae prisionero de los franceses. En 1814, una vez conseguida la libertad, se une a su tío, Francisco Espoz y Mina, con el que a poco tiene que traspasar la frontera francesa, tras la fallida conspiración, que a continuación citaremos. Nacen en Navarra y, si bien el anterior es el primero en lanzarse al campo, será su tío el de mayor fortuna. El 8 de febrero de 1809 se alista como soldado voluntario, el 19 de noviembre de 1811 ya es brigadier y mariscal de campo cinco meses más tarde. Abraza la causa liberal en 1814 y es el primero en pronunciarse contra el sistema absolutista. Una vez frustrada la conspiración, ante la imposibilidad de tomar la ciudadela de Pamplona y traicionado por alguno de los suyos, marcha a Francia. En 1820, atento a la voz de Riego, será el primero en proclamar la Constitución en Navarra (el 2 de marzo de 1820). El 22 de diciembre de 1822, en reconocimiento a sus méritos, es ascendido a Teniente General. Después de luchar desesperadamente contra los cien mil hijos de San Luis, emigra a Francia, Gran Bretaña y Gibraltar. Tras la muerte (ajusticiamiento) de su amigo Torrijos y desengañado en su último y estéril esfuerzo de subvertir el orden absolutista, se dedica a escribir sus memorias y muere en 1836. Pero la guerra civil, primera carlista, reclamó antes sus servicios nombrándole en 1834 General del Ejército del Norte para combatir a los carlistas. Su precario estado de salud le obligó a solicitar el relevo. Restablecido de su enfermedad de 1835 se le encomienda el mando del ejército de Cataluña, a pesar de que nuevamente ve quebrantada su salud, sigue hasta la muerte dirigiendo con éxito las operaciones militares contra los seguidores de don Carlos.

Porlier, brigadier liberal que, condenado en 1814 a cuatro años de suspensión de empleo, se subleva en 1815 en La Coruña, es hecho prisionero y ejecutado el 26 de septiembre de dicho año, en la citada plaza.

Lacy y Miláns del Bosch se sublevan en 1817 en Cataluña. El segundo logra huir, figurando posteriormente al lado de los liberales, tanto en los pocos días de poder como en los muchos de destierro y conspiración que les brindó la historia. Lacy cae prisionero y es fusilado el 5 de julio de 1817.

Citemos algunos nombres más: Abad («el Chaleco») Aróstegui, Amós, Campillo, Durán, Chapalangana, Herrero, Jáuregui, Leguía,



DEFENSA DE LA TORRE DE SAN AGUSTÍN, DE ZARAGOZA, EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Cuadro de Álvarez Dumont.

Manso, Martínez de San Martín, Mandedeu, Noriega, Palarea, Padilla, Quiroga, Renovales, Ripoll, Ríos («el Charro») Sarasa, Saornil, Tabuena, Villacampa, Zurbano...

Anteriormente mencionamos a Cuevillas, que se vino a cambiar de bando ante los hechos consumados. No fue el único, si bien es preciso señalar, en honor a la verdad, que fueron muy escasos los que tomaron tal actitud. Quizá el más significativo de todos ellos fue Julián Sánchez «el Charro». Fue el guerrillero más querido y sin duda el más respetado por los ingleses, de los que fue fiel y eficaz colaborador a lo largo de toda la contienda. Su primera acción de armas fue en febrero de 1809, y después de su meteórica carrera guerrillera el 28 de enero de 1812 es nombrado brigadier por la Regencia. Actuó siempre bajo las directrices de los ejércitos aliados de Portugal y, en especial, de Wellesley. Durante el trienio liberal cae prisionero de los franceses de Angulema el 18 de abril de 1823, siendo conducido a Vitoria. Aquí, gracias a los buenos oficios de Longa, es rehabilitado por el mando supremo francés, pasando «el Charro», a partir de este momento, a servir lealmente a las filas absolutistas, realizando incluso varias delicadas misiones a las órdenes directas del duque de Angulema. Fernando VII, después de ordenar la apertura de una causa que posteriormente se sobreseyó, le admite en sus filas, pero gradualmente lo distancia del poder. La muerte en la villa de Etreroy, el 18 de octubre de 1832, le impidió tomar partido en la nueva contienda que se avenía.

Hubo un número muy considerable de guerrilleros que no llegaron a conocer la victoria sobre el invasor. Recoger aquí los nombres de aquella legión de mártires sería tarea noble pero agotadora y se sale del marco de este trabajo. Recordemos, no obstante, a algunos de ellos: Abello, Echebarri, Echevarría, el alcalde de Otívar, Lucas Górriz, los Gómez Marquínez, el cura Peralta, Francisquete, Mariano Navas (primo del Empecinado) y tantos otros. En homenaje a todos ellos, hacemos mención especial del valenciano Romeu, que muere ahorcado el 12 de junio de 1812 por orden de Suchet, en Valencia. Con una firmeza carente de jactancia, pero adornada de inquebrantable decisión, se niega a aceptar las proposiciones francesas y muere con la sencilla dignidad con que había vivido. Ese era el espíritu maravilloso que anidaba en los corazones de aquellos héroes. Se comportaron todos, tal como diría Napoleón en sus memorias, «*como un (solo) hombre de honor*» (12).

(12) La mayor parte de los datos sobre los hechos citados están sacados de las Hojas de Servicios correspondientes en el Archivo General Militar (Segovia).

ACIERTOS, POSIBILIDADES Y UTILIDAD DE LAS GUERRILLAS

Nadie ha puesto en duda el triple acierto y la absoluta unanimidad con que actuaron los guerrilleros en tres factores fundamentales: el geográfico, el histórico y el humano.

Desde el punto de vista geográfico hubo en los guerrilleros un claro reflejo de la importancia relativa de los ejes estratégicos de comunicaciones del ejército francés a la hora de aprovechar los reductos o santuarios desde donde perturbar las comunicaciones del adversario. Desde el punto de vista histórico hubo una total sensibilidad para percibir la coyuntura de actuación en beneficio de los ejércitos regulares. Desde el punto de vista humano no cayeron en la trampa de atribuirse la autoridad en nombre propio, buscando la legitimidad de su mando en la fuente donde los españoles rebeldes quisieron ver la soberanía y no cejaron en el empeño de actuar con títulos emanados de las Regencias.

En aquella guerra de liberación del territorio nacional había un objetivo único y preciso, según frase de Clausewitz, la expulsión de los invasores, que afectaba al país entero. Era por consiguiente el arquetipo de guerra total que apuntó este pensador militar. A ese objetivo dedicaron los guerrilleros todos sus esfuerzos, por encima de cualquiera otra otra apetencia personal o familiar.

La guerrilla tuvo consecuencias militares importantes, *«sin deber afirmar que la derrota de Napoleón se debió exclusivamente a la acción de aquélla, ni que su sola acción explica la victoria final obtenida; su aportación fue decisiva; ahora bien, sin Ejército regular y sin la guerrilla no se hubiera ganado la guerra»*.

De cuanto aportaron los guerrilleros al ejército regular nos sirve de muestra esta declaración del propio Wellington, en carta dirigida a su hermano y refiriéndose al guerrillero D. Julián Sánchez, «El Charro»: *«Conociendo el genio emprendedor y la inteligencia con que D. Julián Sánchez se conduce siempre, así como el fruto que puede producir para la causa común su partida bien organizada y el estado de actividad para los servicios militares que es capaz de prestar y por lo que fomentan el espíritu de hostilidad*

contra los franceses en Castilla, él, sus oficiales y soldados con las conexiones amistosas que mantienen entre todos los cabecillas y guerrilleros del país, he creído deber agregarle al ejército británico...».

Las aportaciones no solamente se cifraban en el aumento de efectivos que producía en el Ejército regular, sino también y quizá más en la información que de todo tipo acerca del francés le hacían llegar a los comandantes del mismo. Gómez de Arce cita, como ejemplo, que la captura de un correo por una partida motivó que Sir John Moore se enterara de la rendición de Madrid, contra cuya plaza pensaba marchar el general inglés y además conoció igualmente la situación de todas las tropas francesas en España y los propósitos que con ellas pensaba realizar el Emperador.

Otro de los méritos principales que puede ser atribuido a la guerrilla fue el quebranto de la moral combativa del enemigo, y el promover el convencimiento en los soldados y oficiales franceses de que «el infierno de España» no tenía solución militar.

El general francés Mathieu Dumas, que hizo la guerra de España como tal, hace la siguiente valoración de las guerrillas: *«La interceptación de las comunicaciones, el ataque y la destrucción de los convoyes de víveres y municiones mantenían aislados a los cuerpos de ejército, sumían en la incertidumbre para sus planes a los generales en jefe... y los inconvenientes de aquellas bandas estaban más que compensados con el daño y el estorbo que producían a los franceses y con las ventajas que de ellas sacaban los aliados».*

Un prusiano, el coronel Schepeler, que hizo la guerra en las filas de los ingleses, dice: *«Es fácil reconocer la eficacia de las guerrillas en Castilla y Navarra para las campañas de Wellington..., y a cuántos mató aquella inquietud constante nos lo demuestra el hecho de que en los hospitales de Madrid, entre enero de 1809 y julio de 1810 murieron 24.000 hombres y quedaron inútiles 8.000...».* No podemos considerar que el total de estos números perteneciesen a bajas causadas por las unidades querrilleras, pero sí que una gran parte de ellas fueron debidas a tales actividades.

Prácticamente todos los historiadores coinciden en afirmar que más de las cuatro quintas partes (más de 200.000 hombres en mu-

chas ocasiones) del Ejército francés estuvo destinado en misión de ocupación del país y defensa de las comunicaciones. Solamente para mantener la ruta Bayona-Madrid entretenían con muy escaso éxito a todo un Cuerpo de Ejército. Testigos presenciales, la mayor parte del bando francés, así nos lo confirman: Saint Chaman nos dirá: *«En aquella época no se viajaba en España con menos de 300 ó 400 hombres de escolta»*. y Grivel: *«Cruzar España entonces (la España ocupada) era una operación militar, y, cuando nuestro convoy estuvo completo no constaba de menos de 1.200 bayonetas»*. Broglie, por su parte, añadirá: *«Los correos nunca llevan suficiente escolta»*.

Y... a pesar de tal despliegue de efectivos los resultados fueron los siguientes: Lejeune (nos dice que) necesitó 11 días para el camino Bayona-Madrid, cuando antes solía hacerse en tres. Los convoyes tardaban frecuentemente en el mismo recorrido hasta 37 días y ello protegidos por una escolta de 3.000 a 4.000 hombres con caballería y artillería incluidas. Las órdenes de París llegaban a Madrid (cuando llegaban) a los 41 días de firmadas. A comienzos de 1813 el camino Madrid-Burdeos estuvo cortado durante cinco semanas seguidas, y ello a pesar de que en enero de 1813, llegó y se estableció en Lerma una columna de cinco mil franceses, la División Palombini (Archivo del Monasterio de Silos) y que el mismo despliegue de fuerzas se realizó a lo largo de todo el eje.

SINTESIS FINAL

La causa de la supervivencia de la guerrilla la encontramos en el perfecto conocimiento que tenían del terreno y en el apoyo que recibían de la población civil. En relación con el primero de los puntos debemos tener en cuenta que con las guerrillas no hubo verdaderas batallas, no podía haber un duelo deliberado como entre los ejércitos que buscan el terreno para batirse y destrozarse; las guerrillas buscaban la sorpresa y para ello trataban de asestar el golpe en el momento más ventajoso para ella, huyendo posteriormente, y esta forma, la huida, no constituía una vergüenza para los guerrilleros, sino como dice Pérez Galdós: *«Se condensan como la lluvia y se desparraman para escapar a la persecución, de modo que los esfuerzos del ejército que se propone exterminarlos son útiles porque no se puede luchar contra las nubes»*.

Este perfecto conocimiento del terreno era el que les permitía caer sobre las unidades francesas y sembrar en ellas la intranquilidad y así como redoblar para pequeñas misiones sus efectivos:

La ya tan citada táctica elevada a principio por Napoleón de que los ejércitos debían vivir sobre el terreno, hizo que sus generales llevarán al límite la norma de que la guerra debe alimentarse con la guerra, lo que supone la premisa de que el merodeo ha de constituir su principal elemento de subsistencia y ese sistema, usado con éxito en campañas anteriores del Ejército francés, en otros escenarios, se vio aquí dificultado a causa de la imposibilidad de entregarse las tropas al mismo, no ya individualmente sino en fracciones poco numerosas, teniendo que hacerlo por cuerpos enteros. El merodeo ejecutado en tales condiciones ni era fácil ni suficiente y como además o llegaban tarde los convoyes o no llegaban, salvo que fueran protegidos por fuertes escoltas, ya que eran interceptados por la guerrilla, los franceses carecían de lo necesario para mantenerse al día.

De todo lo consignado hasta ahora y a modo de conclusión podemos sacar una serie de consecuencias:

a) Los guerrilleros impidieron el normal desenvolvimiento de los ejércitos franceses, dificultando sus movimientos, interceptando sus comunicaciones y suministros obligándoles a un fraccionamiento de sus unidades.

b) Constituyeron un valioso aliado para los ejércitos regulares tanto por la información que sobre el enemigo les hacían llegar, como por la ayuda material que en muchos casos representaron, pues constituían fracciones numerosas que al frente de sus propios mandos se integraban en los ejércitos regulares.

c) Merced a sus procedimientos no ortodoxos, sino irregulares y carentes de un encuadre en el esquema clásico de la lucha militar, y basados principalmente en el profundo conocimiento del terreno causaron más bajas o al menos tantas como los ejércitos regulares.

d) Sirvió de ejemplo a otros pueblos europeos en la lucha contra Napoleón y así se puso de manifiesto en las campañas que contra éste sostuvieron Rusia y Prusia en los años 1812 y 1813.

El mismo Napoleón propugnó un sistema similar en Francia, pues esta experiencia le indujo en momentos de peligro a promulgar un Decreto en 1814 en el que decía: «1.º *Que todos los ciudadanos franceses estaban no sólo autorizados a tomar las armas sino obligados a hacerlo, a reunirse, registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos y atacar al enemigo por el flanco y espalda. 2.º Que todo ciudadano francés cogido por el enemigo y castigado con la muerte sería inmediatamente vengado con la muerte de un prisionero enemigo.*».

e) Introdujo el concepto de «guerra total» y de «nación en armas», lo que supuso un cambio trascendental en las estructuras de la guerra, pues hasta entonces la guerra sólo la hacían los ejércitos y los pueblos las sostenían. Todo ello representa el origen de las modernas guerras revolucionarias.